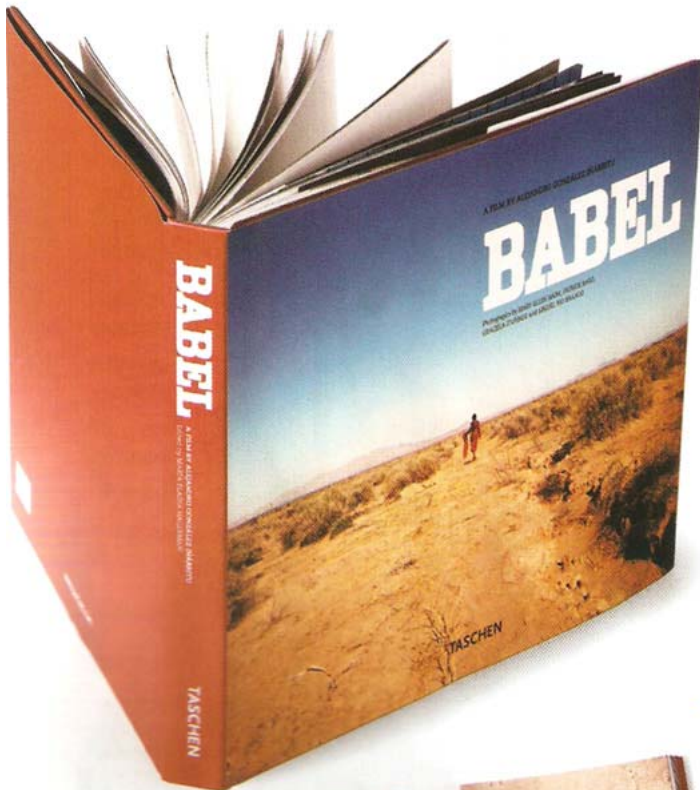
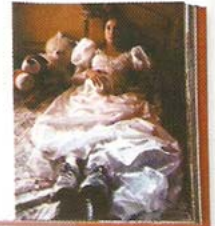


PUROPLACER ABC



BABEL TIENE SIETE NOMINACIONES AL OSCAR, INCLUIDA MEJOR PELÍCULA Y DIRECCIÓN PARA GONZÁLEZ IÑÁRRITU.



EL DOLOR DEL DESIERTO

→ A los desesperados personajes de *Babel*, la fatalmente genial película del mexicano Alejandro González Iñárritu, los une el dolor, y para retratarlo quién mejor que la estadounidense Mary Ellen Mark, ensayista fotográfica sobre circos de la India y personas sin hogar de todo el mundo; Patrick Bard, el

fotógrafo-escritor que viaja constantemente entre Mongolia y América; Graciela Iturbide, la fotógrafa contemporánea más importante de México que capta los matices y las expresiones culturales de las personas que entran en la modernización; y el sangriento brasilero Miguel Rio Branco, que

es representado por la legendaria agencia Magnum. El dolor en *Babel* —en el filme y en el libro— se enmarca en los desiertos de Tijuana, Marruecos y Tokio. ¿Tokio? Sí, porque la moraleja de González Iñárritu es que incluso la ciudad más agitada y viva del mundo es un desierto de dolor y aburrición.



MI AMIGO RAYMOND CHANDLER

HABLA EL GANADOR DEL PREMIO NORMA DE NOVELA. POR HORACIO VÁZQUEZ-RIAL

→ A lo largo de la vida he tenido el extraño privilegio de conocer a muchos de los grandes escritores de la generación precedente a la mía, y aun de la anterior. No siempre fueron encuentros felices y en más de una ocasión terminé lamentándolo: hubiese preferido quedarme con sus textos, sin superponerle una imagen personal, un gesto desagradable o una mano húmeda y fugaz. Continué mi feliz relación con Robert Louis Stevenson, con Charles Dickens y con Alberto Moravia, por mencionar a unos pocos. Pero mi amistad más feliz y duradera es la que cultivo con Raymond

Chandler desde que leí *El largo adiós*, hace ya cuarenta años. Lo he releído, por tanto, unas cuarenta veces. Así como Dostoyevski solía viajar con un ejemplar de la versión rusa del Quijote y escribir en sus márgenes, yo llevo por el mundo *El largo adiós*. Nos conocimos como se conocen algunos de sus personajes: en un bar. Para el caso, el bar fue La Paz, en la muy porteña calle Corrientes, donde me senté a leer con una copa de ginebra Bols helada delante. En aquel entonces, ambos, Chandler y yo, bebíamos. Demasiado, todo hay que decirlo. Años después, cuando

una pancreatitis alcohólica me tumbó en una cama de hospital al borde de la muerte, él me ayudó, a través de la bella biografía suya que escribió Frank McShane, a alejarme del alcohol. Chandler recayó. Yo no: tuve una depresión monstruosa en la que me apoyó otro amigo desconocido: William Styron, que había pasado por la misma experiencia. Pero *El largo adiós* no me enseñó el whisky ni me apartó de él: cambió mi existencia al descubrirme que la novela negra es el género de la vida y que la amistad es un sentimiento tan terrible como la pasión amorosa.

17ERO.07



FOTOGRAFÍA: FULBERG PIRELLA